

Nº 334

**LA NACION**  
**Don Claudio Vicuña**  
**CANDIDATO**

A LA  
 Presidencia de la República  
 SANTIAGO, MARZO 11 DE 1931

El espíritu se siente vigorizado con espectáculos como el que ofreció al país la Convención Liberal.

Ellos reavivaron la fe i la confianza en el porvenir; i son al mismo tiempo, para propios i extraños, la mas segura i eficaz garantía de la solidez i seriedad de la nación chilena, i cuya desarrollo i progreso, si bien pueden ser interrumpidos momentáneamente, en cambio nada podrá ahogar o detener.

El país puede hoy poner en la balanza hombres i partidos, móviles e ideas.

Aunque hemos dicho mal, pues entre los revolucionarios no hay partidos ni menos ideas, sino políticos reunidos en coalición abierta para ensangrentar a Chile, para abrirle un abismo, sobre el cual no quedaría rotando otra cosa que su pasión interesada i su ambición desenfada.

Moral i materialmente han desfrazado i arruinado la Constitución i la lei i el territorio donde han puesto su planta sacrilega.

En Iquique, han reducido la ciudad a cenizas, después de haberla anegado en sangre; i lo que asume una gravedad inmensa i reveladora, han destruido hasta los cimientos la propiedad fiscal i privada, haciendo desaparecer todos los títulos salitreros.

Han querido producir allí el vacío para llegar al comunismo salitrero.

Será infeliz que hoy i mañana se proteste lo contrario; pero ante semejantes hechos el ánimo se abate avergonzado, pues ellos no pueden menos de revelar un propósito de especulación.

De otro modo no se explica el interés por hacer desaparecer los títulos salitreros, sin que de ellos quedara el menor vestigio.

Del otro lado, se presenta el Partido Liberal tranquilo, sereno i resuelto; custodio de la Constitución i de la lei; protector del orden i de la paz, de la industria i del comercio; representante de la libertad i de la democracia, i depositario del presente i del porvenir de Chile.

Tal es a grandes rasgos la situación pasajera.

El Presidente de la República debe encontrarse satisfecho de su obra; i el Candidato sucesor seguro de que la gravedad de esta situación se halla compensada con la confianza del país.

**ULTIMOS SUCEOS**

DE TARAPACÁ

(Continuación)

Nunca, como en este caso, tuvo mejor i más oportuna aplicación el conocido proverbio latino «Fortuna iurav audaces».

A pesar de la superioridad del número i del armamento, las fuerzas revolucionarias fueron impotentes para resistir el empuje de nuestros bravos.

Poco rato bastó para que se desbandaran i huyeran en todas direcciones, dejando el campo sembrado de cadáveres, de heridos i de armamento.

Urrutia i Canto, fueron los primeros en esquivar el bulto i aquella especie de «Sálvese quien pueda».

La falta de caballería no permitió al coronel Robles haber dado rompe a su obra, persiguiendo, según sus deseos, a los fugitivos, que, como bandadas de pájaros, volaban camino de Pisagua.

Tuvo que limitarse, aquél bravo jefe, a la tarea de recoger los heridos i restar a los despreciables bolívar de armas, entre las que, como hemos dicho, figuraban varias ametralladoras i cañones, que sus enemigos abandonaron en la precipitación de la fuga.

La noticia del desastre sufrido por los reclutas mandados por Urrutia i Canto, llegó a Iquique en las altas horas de la noche del marto 17.

Un terror carval, un verdadero pánico se apoderó entonces de los revolucionarios, que durante el día se habían pavoneado, inflados i orgullosos, celebrando imaginarias victorias.

En precipitado tropel dirijéronse, junto con la guarnición, al muelle de la Aduana, i apoderándose de cuantos embarcaciones encontraron a mano, fueron a refugiarse a bordo de los buques, abandonando completamente la ciudad.

Afortunadamente, velaban por la seguridad de los enemistados miembros de la Guardia Urbana i no había por qué temer nuevas escenas de saqueo i de pillaje.

El jefe de dicha Guardia, señor Francisco A. Oliván, en unión de algunos cómplices, se dirigió a las seis de la mañana a bordo del *Blanco*.

Iban a protestar del abandono en que se dejaba a la población, expuesta a ser, una vez más, víctima de la rapacidad de las turbas, i a hacer un llamamiento a la dignidad de los candidatos revolucionarios, recordándoles los deberes que la situación les imponía.

Un resto de pudor obligó a éstos a sofocar el miedo que los dominaba, e instantes más tarde la ciudad era nuevamente ocupada por la marinería i por una parte de las fuerzas de Urrutia i Canto, que, no considerándose seguras en Pisagua, habían llegado en la mañana, en algunos trasportes, i Iquique.

Los autoridades revolucionarias reaccionaron, también, sus funciones, continuando en sus tareas de perseguir i borrar a los partidarios de la causa del orden.

Un ridículo suplemento a *El Nacional*, pasó que había vuelto a la luz tan luego como la ciudad cayó en poder del enemigo, hacia más tarde una curiosa i peregrina historia de las causas que habían determinado la fuga de aquellos matones, i concluyó por señalar de pérula i calamitoso especialmente la noticia del desastre sufrido por los en el interior.

En la noche, sin embargo, después de una serie i madura deliberación, guarnición, apoderados i todos sus allegados, se dirigieron silenciosamente a buscar refugio en los buques.

El coraje i valor de que hacían tanto alarde, no alcanzaba hasta el punto de permitirles atronar los peñigros que les ofrecía la población, a cuyas puertas podía presentarse, de un momento a otro, el coronel Robles a pedirles cuenta de su conducta i de sus actos.

Así sucedió en efecto.

El coronel don José María Soto, al frente solo de ciento veinticinco individuos de tropa, bajó en las primeras horas de la mañana del jueves 19, desmontó a otro, el coronel Robles a pedirles cuenta de su conducta i de sus actos.

El coronel, para no ser visto por las vías del *Blanco*, que, haciendo funcionar los reflectores de la luz eléctrica del blindado, había permanecido toda la noche observando los coros, se vió obligado a demorar su entrada hasta el momento en que la tupida neblina, conocida con el nombre de «camanchaca», lo ocultó a las miradas de aquellos.

Esta forzosa demora, dio lugar a que las fuerzas revolucionarias, cuyo plan parecía ocupar solo la ciudad, durante el día i abandonaría la noche, pudiendo desembarcar sin ninguna peligro.

En los momentos mismos que Soto avanzaba por la calle de Baquedano, en dirección a la Plaza Prat, llegaron a ésta la marinería de la Escuadra.

Eran las seis de la mañana, i desde ese momento dio principio el combate.

La marinería trató de empujar la linea en la Plaza; pero la actitud de Soto i de sus pequeñas tropas hizo parar a su inmediato al terror, que, después de un simulacro de defensa, corrió a parapetarse en la Aduana, sólida construcción de piedra, que reunió todas las condiciones de una verdadera fortaleza.

Aquí se unió la demás gente que recién concluía de desembarcar de los buques, i al frente de toda ella se colocó el capitán de corbeta Merino Jarpa.

Este procedió, sin pérdida de tiempo, a dar forma i a desarrollar un plan de defensa preparado tal vez, en prevision de una caso semejante.

echando mano de una cantidad de sacos de azufre, de los cuales i hasta de los documentos de la Aduana, convirtió ésta en un redondo inesplicable, formando barricadas o trincheras en las puertas de entrada i demás lugares que se los lanzaron.

Aquí sería del caso preguntar: ¿Qué relación tenían las torres de la iglesia i del monumento, los cuartellos de las principales compañías del Cuartel de Bomberos i los estanques de agua, conteniendo estos últimos cientos o miles de metros cúbicos, con las operaciones del combate entre las fuerzas del orden i las revolucionarias? ¿Qué beneficio reportaban estas últimas con la ruptura de dichos depósitos i con la pérdida de la enorme cantidad de agua en ellos acumulada?

Hé aquí preguntas cuyas contestaciones dejamos al criterio del lector.

El coronel Soto, entre tanto, permaneció tranquilo i sereno al frente de sus soldados, rodeando el edificio de la Aduana en donde se hallaban refugiados los marineros de la Escuadra.

Los tropas que le obedecían siguieron el ejemplo de su jefe, se mantuvieron resueltas i decididas como él.

Minutos después de las diez, una bomba salió i la bodega de salitre del Banco Mobiliario, contiguo al edificio de los señores Richini i Vallejo, i prendió fuego al edificio, el cual ardió en su totalidad escapando milagrosamente los colindantes.

Horas mas tarde otra bomba fué a incendiari el almacén de don Nicanor Landeta, contiguo al molino Dova, i uno de los puentes desde donde el coronel Soto atacaba la Aduana con los fusglos de sus tropas.

Aquí el fuego tomó rápido i considerable incremento, comunicándose a los edificios vecinos i devorando no solo la manzana completa de un origen, sino también las cinco contiguas o más de la misma.

El jefe de la Escuadra, elejido en estos condicione, corresponderá da dada a la situación, a sus antecedentes i a su nombre.—*Antonio Rivas*.

Elijiendo los únicos lugares estratégicos desde donde podía dominar la Aduana, distribuyó convenientemente sus soldados i estableció un verdadero muro contra el redondo i en que se guardaron los enemigos.

Siguió lo hemos dicho en líneas anteriores, Soto solo disponía de ciento veinticinco hombres, mientras Merino se había encerrado con no menos de ciento ochenta, perfectamente armados i munidos, i contaba además con dos ametralladoras.

Este, entre tanto, con serenidad i arrojo admirable i que llamaron la atención hasta de sus mismos enemigos, había avanzado, a la cabeza de los suyos, por la calle Aníbal Pinto, despreciando la lluvia de balas que desabrochaban los marineros, le lanzaba la marinería.

Elijiendo los únicos lugares estratégicos desde donde podía dominar la Aduana, distribuyó convenientemente sus soldados i estableció un verdadero muro contra el redondo i en que se guardaron los enemigos.

La marinería, que iba a suceder, se presentó para entrar a tomar parte en las escenas que iban a desarrollarse.

Tan luego como Merino tuvo conocimiento de que Soto se había adueñado de la población, abandonando merced de su suerte, por los que tenían el deber de custodiarla, i que de Merino se había encerrado en la Aduana, resolvió, en unión de Silva, Barros Lucio i demás comparsas, volar en auxilio de aquéllos.

Si bien, ni por un solo instante pasó por la mente de aquellos corredores, la idea de salir a batir a campo abierto, a sus redondos enemigos.

La Escuadra, entre tanto, se preparó para entrar a tomar parte en las escenas que iban a desarrollarse.

Tan luego como Merino tuvo conocimiento de que Soto se había adueñado de la población, abandonando merced de su suerte, por los que tenían el deber de custodiarla, i que de Merino se había encerrado en la Aduana, resolvió, en unión de Silva, Barros Lucio i demás comparsas, volar en auxilio de aquéllos.

I g de qué manera?

Bombardearon ruin, cobarde i miserablemente una ciudad indefensa, de condiciones excepcionales, como Iquique, que, con una población numerosísima, cosmopolita, puede decirse, por la calidad de sus habitantes, en su mayoría europeos i norteamericanos.

La Escuadra, entre tanto, se preparó para entrar a tomar parte en las escenas que iban a desarrollarse.

Tan luego como Merino tuvo conocimiento de que Soto se había adueñado de la población, abandonando merced de su suerte, por los que tenían el deber de custodiarla, i que de Merino se había encerrado en la Aduana, resolvió, en unión de Silva, Barros Lucio i demás comparsas, volar en auxilio de aquéllos.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado sus astillas en asesinar fría i vilmente a ancianos, mujeres i niños indefensos, en destruir establecimientos comerciales que representaban millones de pesos, es imposible impedir que se subleve el ánimo i entre oleadas de amarga indignación se pida a Dios i a los hombres el mas tremendo de los castigos para los que han esolidado el nombre de Chile, con crímenes sanguinarios.

Al considerar que en las postimerías del siglo XIX, han sido marineros chilenos, los que, en naves que cargan la esencia de la patria, han empleado